



Francisco Manuel (Filinto)

Oda a Venus

2006 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

Francisco Manuel (Filinto)

Oda a Venus

(Traducción de Marcelino Menéndez y Pelayo)

Si ofrecí a tu deidad, piadosa Venus,
El corazón cautivo en lazos de oro;
Si lágrimas de amor, madre y señora,
Derramé en tus altares;

Si fiel esclavo, en tu sonoro templo,
Entoné sin cesar himnos alados,
Entre fragantes vaporosas nubes
De quemados aromas;

Si en otro tiempo descendiste afable
Con alma risa, halagadora y blanda,
A consolar en un divino beso
Tus fieles amadores;

Acuérdate del hijo de Ciniras,
Por quien las selvas sin cesar corraste.
¡Oh cuántas veces, al vibrar su arco,
Se estremeció tu pecho!

Del Simois hablen los piadosos olmos,
Que encorvados sus ramas enlazaban
Para ocultar los férvidos abrazos
Del bienhadado Anquises.

Vio sin cendal el Fribio tu belleza;
A Anacreonte la vocal paloma,

En galardón de un himno, le cediste,
Cual voluntaria sierva.

Y yo que desde antiguo busco amante
En tu marmórea, inmóvil escultura,
Tu dulce hablar y movimiento airoso,
La lumbre de tu vista;

Yo que a tu hijo y a su arpón agudo
Di sin recelo desarmado el pecho;
Yo que a tus ninfas de mi eolia lira
Cedí todas las cuerdas,

¿Por qué no logro descubrir tus formas,
Cual en Pafos te muestras, cuando en torno
Del cinto poderoso te sonríen
Las mal ceñidas Gracias?

Mas, ¿no soy digno...? Acreceré mis dones,
Suspendere en tu templo ricos votos,
Y escribiré en sus postes inmortales:
«Esclavitud eterna.»

Doblando las rodillas, importuno
Tu mente ablandaré. Que así fue digno
Ese escultor rebelde a tus caricias,
Cuando te oró postrado,

Que olvidada del loco menosprecio
Aliento dices a su mármol frío...
Y se animó la piedra... azules venas
Entre la piel resaltan;

La boca se enrojece, arden los ojos,
Se encorva y mueve el bien torneado brazo;
De la lengua la voz atropellada
Anuncia al fin la vida.

¡Yo devaneo! El dardo enrojecido,
Que Eros divino en mis entrañas clava,
En lágrimas de míseros amantes
Templado le tenía...

¡Venus, Venus! ¡Oh Diosa de ternura,
De blanda compasión perenne fuente,
Señora de benévolas florestas,
De enamoradas sombras!

Desciende a mí de las olimpicas sedes,
Hazme feliz con tu divino acento,

Con tu presencia endiosa, dulce madre,
A este tu ardiente siervo.

No temas la sonrisa maliciosa
De las otras deidades. Si la temes,
Transfórmate en Anarda; por Ciprina
Suele tenerla el orbe.

Ella tiene las áureas muelles trenzas
Que Adonis tantas veces por los bosques
Te coronó con húmedas verbenas
Y bien olientes flores...

Dame que pueda, en tu disfraz iluso,
De sus labios beber la amante risa,
Y a las púdicas rosas de su cara
Llegar mi ardiente boca...

Pero, ¿qué extraño son se oye en el templo?...
¡Qué encanto en mis sentidos...! ¡Ya las aras
Mayor perfume espiran! ¡Alto asombro!
Más clara arde la llama.

Fausto signo las aras alborozas,
Huyen del cielo las pesadas nieblas,
El sol enciende en llama auri-rosada
El festivo horizonte.

Los prados se ornan de matiz extraño,
Nueva esmeralda cubre las campiñas,
Y los troncos arrojan nuevas flores
Por la copada rama.

La puerta resonó del alto Olimpo
Sobre el bruñido quicio bipatente;
Las columnas descubro de diamante,
Los solios de carbunclo.

Los Dioses, asentados, radiantes,
La atención inmortal con gusto inclinan
A la célica voz; la vista tienden
Al subyacente mundo...

Y llénanse los atrios, las arcadas;
Mil enjambres de alígeros Cupidos,
Flóreos arcos trabando, el aire rasgan
Abriendo alegre corte.

Por entre ellos, en rápidas coreas,
Los juegos, los Amores van pasando,

Van las palomas y la concha leve
De la bella Erycina...

Sobre nosotros cae ardiente lluvia;
Amorosas centellas nos encienden,
Y por el seno van arrebatadas,
A calentar la sangre.

¡Qué vivida influencia omniparente
Se esparce y baja de la madre Tierra
A las entrañas! ¡Cómo hierve y bulle
Innúmero progenie!

Retumban en las hondas oficinas
Ecos gustosos de nacientes almas,
Que nuevos cuerpos a animar concurren;
Doquier corre la vida.

En las pendientes ramas balanceadas
Las tiernas aves, enlazando el pico,
Presienten en los trémulos arrullos
Los cercanos placeres.

Con auri-verdes colas escamosas
Cortando los Tritones las oleadas,
Tras las dulces Nereidas se arrebatan
En concertados grupos.

Los hirsutos caprípedos Silvanos,
Alzadas las corníferas orejas,
La vista ardida, descompuesto el paso,
Se pierden por las selvas.

Prestas huid de su tenaz deseo,
Oh Ninfas que los miembros de alabastro
Bañáis en la onda pura, o a su vista
Tejéis ligera danza...

Con saeta sutil humedecida
En miel de Himeto, en Acidalia fuente,
Embébase en mis férvidas entrañas
Insólita locura...

Ya descende hacia mí buscando tierra
La cipria concha... Amor, que afable me oigas...
Venus, en mi acatar, no en mis palabras,
Ve mi santo respeto.

Jove a tus votos siempre amigo sea;
¡Ah!, nunca Adonis, nunca Marte fríos...

Nunca el sol vengativo te descubra
Mal robados deleites...

Súmese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la
[Biblioteca Virtual Universal](#) www.biblioteca.org.ar

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite
el siguiente [enlace](#). www.biblioteca.org.ar/comentario

